cartilla #1

VIMOS CAMBIAR *nuestros lugares*

escuela virtual
HISTORIAS EN YO MAYOR

Organizan

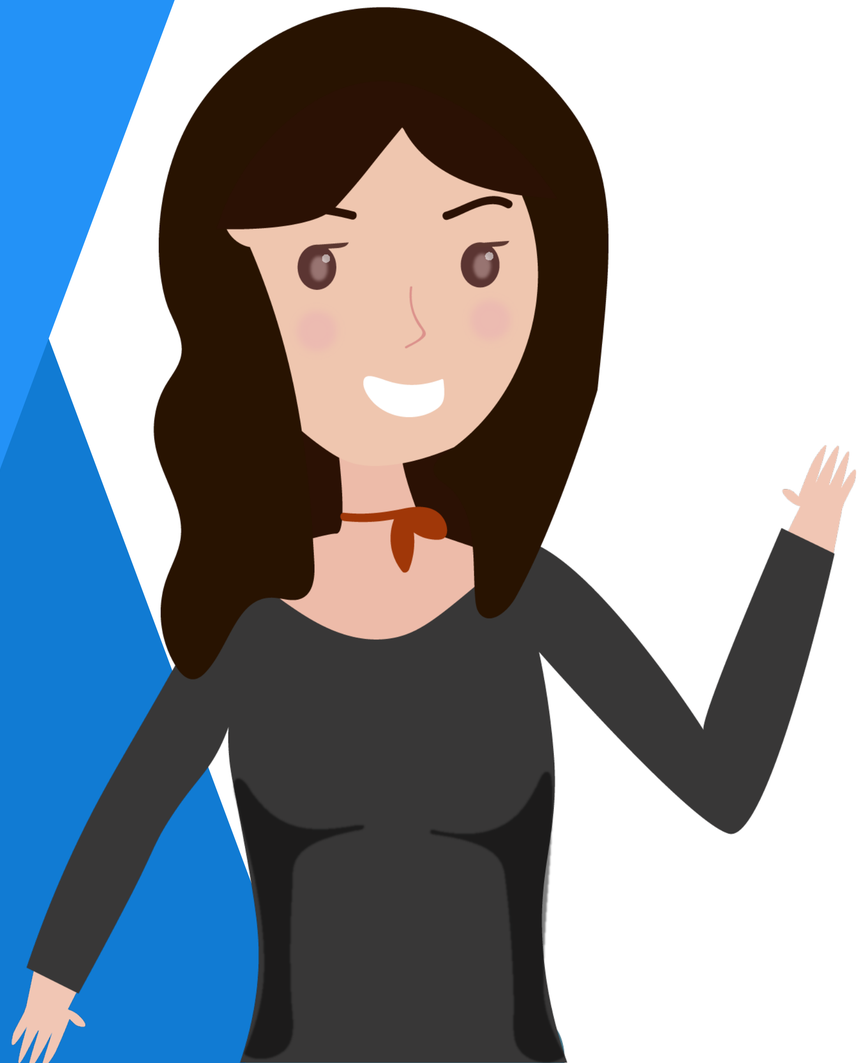
Fundación Saldarriaga Concha

Fundación Fahrenheit 451

En alianza con

EL TIEMPO

DESARROLLO
de la guía



Hola, soy Aura y te de doy la bienvenida a la "Escuela de la creatividad de Historias en Yo Mayor" organizada por la Fundación Saldarriaga Concha y la Fundación Fahrenheit 451, en alianza con El Tiempo.

Durante las próximas siete semanas te acompañaré en un emocionante viaje a través de tu propia creatividad. Juntos recorreremos mundos de ensueño, alegría, aventura, suspenso, en fin, todas esas cosas mágicas que dan sentido a la vida y que podemos compartir con los demás.

En esta primera semana vamos a hablar sobre los lugares que habitamos y cómo se han ido transformando con el paso del tiempo. ¿Te ha sucedido? Quizás recuerdes la casa de tus padres, el colegio donde estudiaste, la vereda donde te criaste. Esos espacios, al igual que nosotros mismos, cambian por diferentes motivos. A veces, como resultado de nuestras propias acciones, otras por determinaciones de los demás, incluso por manifestaciones de la naturaleza.

A continuación encontrarás una recopilación de cuentos, videos, tips y ejercicios para que puedas poner a volar tu imaginación.

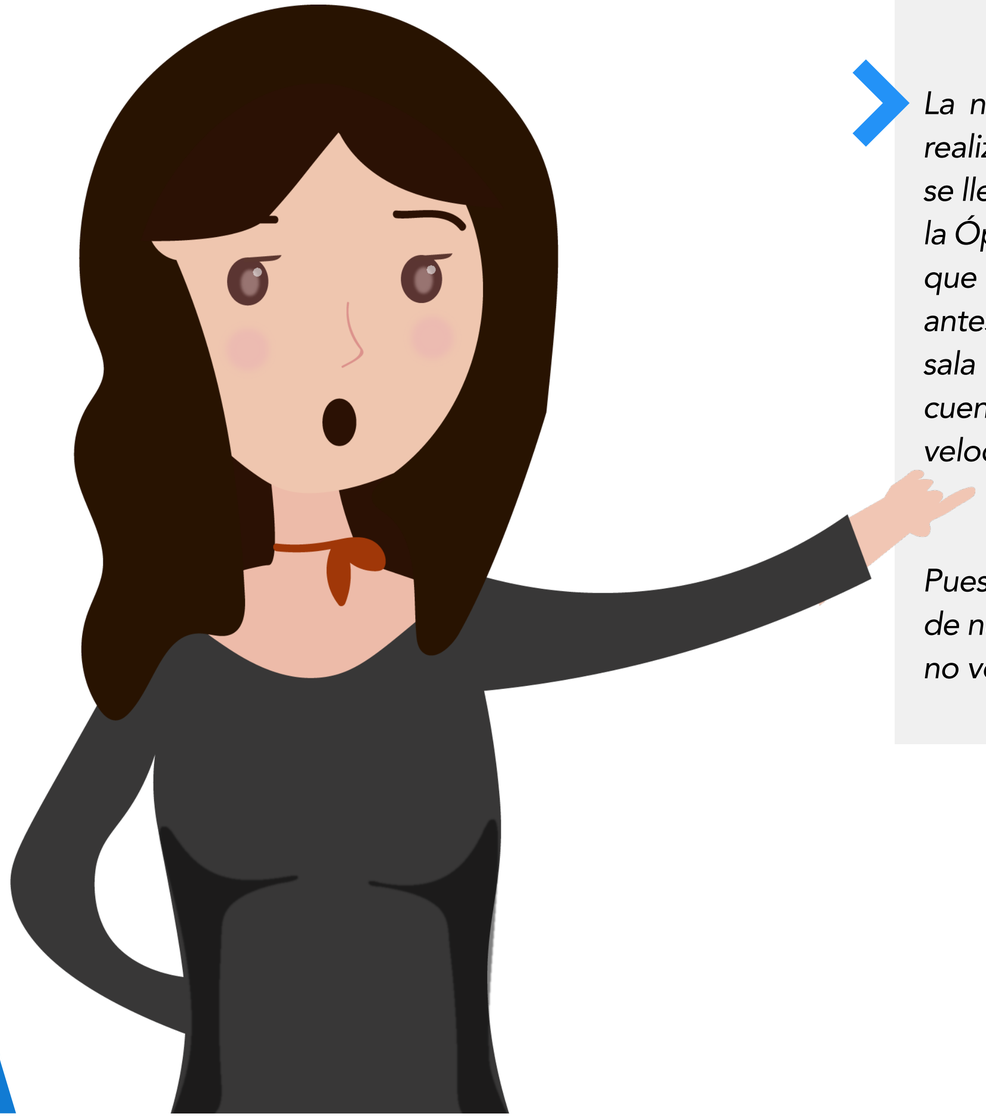
Este último es el caso de "La caída del gigante". En este poema, Fructuoso Velasco, del municipio de El Zulia, en Norte de Santander, nos cuenta cómo la vieja ceiba de su vereda se convirtió en un testigo más de la vida de sus vecinos y amigos. Hasta el último de sus días. Haz click en la imagen para ver el video.

1 video Cayó el gigante

por Fructuoso Velasco

En "Cayó un gigante", Fructuoso habla de la Ceiba para recordar cómo era su pueblo. Así como el autor usa este árbol, cualquier objeto puede ser un detonante para hablar de espacios que han cambiado.

¿Existe algún objeto que recuerdes?, ¿cuál es su historia?



La noche del 28 de diciembre de 1895 los hermanos Lumiére realizaron la primera proyección de cine de la historia. La función se llevó a cabo en el salón Indién del Grand Café, a unos pasos de la Ópera de París. Lo que no imaginaban los hermanos Lumiere es que sería tal el impacto de la proyección en los asistentes que, antes de terminar la película, el público saldría despavorido de la sala porque pensó que su vida estaba en riesgo: el filme daba cuenta de un tren que se acercaba de frente a la cámara a gran velocidad. ¿Imaginan el susto que se llevaron?

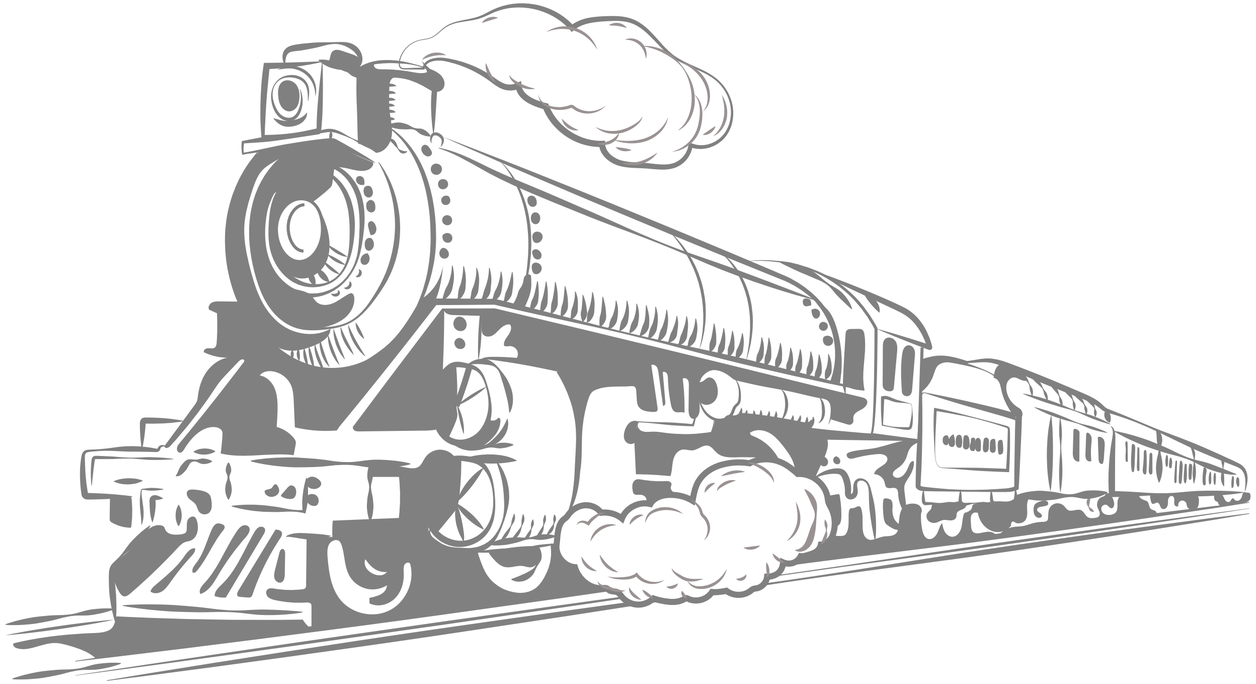
Pues algo muy similar le sucedió a Oscar Moreno Mejía, el autor de nuestra próxima historia, quien nos habla sobre un pueblo que no volvió a ser el mismo después de la llegada del tren.

cuento 1

La llegada del progreso

por Óscar Moreno Mejía

El lunes 9 de marzo de 1914, iba a ser una fecha que por mucho tiempo no olvidarían los habitantes de aquella cálida y tranquila población conocida como El Sitio, no muy distante de La Villa, su capital. Por sus calles estrechas y empedradas, entre casas de bareque y tapias blanqueadas con cal, bajo tupidos árboles de mangos, ceibas, almendros y algarrobos, pasaban diariamente los arrieros, que, con sus recuas, agarraban camino con rumbo hacia el río Grande de la Magdalena.



Para entonces, casi toda la población estuvo a la espera de algo que no lograban descifrar exactamente, y que, en medio de tanta habladuría y conjetura, se había convertido en tema principal de todo corrillo y costurero. Meses antes, una cuadrilla de fornidos jornaleros estuvo adelantando los trabajos de construcción del camino por donde iría a llegar aquello que no lograban esclarecer.

Al ir a constatar con sus propios ojos, don Manuel, el carnicero incrédulo que decía no creer en nada, incluso ni en lo que se comía, decía, a quienes no habían llegado a ir todavía, que se trataba de unos larguísimos rieles montados sobre una hilera de leños, como una enorme escalera que habían dejado tirada en medio de los cañaduzales, a la ribera del río. Aquel día, tan esperado por todos, desde muy temprano en la mañana, el bullicio de las gentes comenzó a llenar los rincones de la plaza, en un constante ir y venir que multiplicaba el acostumbrado trajín de los festivos de mercado. El estallido de voladores, más el repique de campanas y el relinchar de las bestias, hacían presagiar el momento histórico que se pensaba que iban a vivir. "De todos modos, fuese mejor que nos agarrase bien confesados", exhortaba una molesta anciana, reprochando tanto bullicio.

Algunas arrugadas banderas brotaban por los postigos de las ventanas y serpentinas multicolores adornaban las dos larguísimas cuadras que conformaban la Calle Real, por donde pasaría el desfile. Las palomas volaban inquietas de un lugar a otro, tratando, quizás, de descifrar aquel alboroto. El aguacero, que se anunciaba, había desaparecido, perdiéndose por encanto. A la hora señalada y en desordenada procesión, el pueblo entero marchó hacia el sitio convenido.

Hay personas que le permiten a uno recordar lugares; asimismo, los lugares evocan personas.

¿Recuerdas a alguien que te haga pensar en un lugar? ¿Cuál es su historia?

Poco a poco fue tomando posesión de la vía, a lado y lado de la carrilera. El muy encopetado señor alcalde se acomodó bajo una especie de carpa improvisada para tal ocasión. A su lado estaba su dignísima esposa, sus siete hijos y un numeroso grupo de señores que, muy orondos, integraban la comitiva oficial, acompañados, también, por sus mujeres que se amparaban del sol bajo una nube de sombrillas negras, color idéntico al de sus vestimentas. Al lado derecho de la máxima autoridad, estaba el obeso cura párroco que sudaba a mares, mientras el lelo sacristán trataba de secarle la frente con la estola que ceñía el hábito a su cintura. Al otro costado, el pelotón de la policía, muy titinos ellos con sus uniformes de gala, cubriendo la espalda de su encumbrado teniente, el cual no cabía en la ropa y portaba entre sus manos el Pabellón Nacional. A un costado, la jai de la sociedad acompañada de los miembros del Santo Sepulcro y las Hijas de María, que parecían más dedicadas a coquetear que a rezar, tras las rendijas de sus mantillas.

El bigotudo director de la banda musical, de feo rostro y arrebolado por el calor, dejó soltar unas cuantas notas para afinar su instrumento, antes de dar la orden de emprender los compases del glorioso Himno Nacional. La solterona y agobiada maestra de escuela no dejaba de manotear, pidiendo compostura a una larga fila de inquietos muchachitos que habían empezado a desorganizarse y a jalarse el pelo, quizás cansados de tanto esperar. El resto de la multitud, conformada por gentes de todas las edades y pelambres, se confundía entre sombreros, ruanas y un intenso olor a cagajón, que se levantaba desde el sitio donde estaban asegurados los caballos y las mulas. Estos últimos también formaban parte de la recepción, como mudos representantes del más importante medio de transporte con que contaban nuestros antepasados, hasta entonces. Luego de una larga e interminable espera, el ladrido de los perros y un seco y cortante estruendo, similar al del rayo cuando anuncia la tormenta, dieron la señal de alerta que hizo enmudecer y aquietar a toda la concurrencia. Las miradas, entonces, se fijaron atentas en el mismo punto del horizonte que daba justo en dirección a donde los rayos del sol eran más brillantes, dificultando un poco la visión. Ateridos e impacientes estaban todos, sin pestañar siquiera para no perderse nada de lo que fuese a ocurrir. De pronto, en el recodo de la carrilera, al fondo, no muy lejos de donde estaban todos a la espera —según le contaba después, con los años, la abuela a uno de sus nietos—: "se apareció ese horrible monstruo con un enorme ojo en el medio, haciendo un ruido de mil demonios y echando humos por encima de su cabeza y sobacos…". El terror y el pánico se apoderaron de las gentes.

El cura, levantándose de un salto, gritó: "¡Jesús, María y José!", y emprendió veloz carrera, seguido por toda la multitud que en gran estampida desalojaron el sitio, en un dos por tres. En tan tremenda confusión, solo se advirtieron gentes rodar por el piso, gritos de auxilio y llantos de dolor. Allí solo quedaron sombreros, rejas y jíqueras; además de sombrillas, machetes y uno que otro alpargate abandonado, en medio de la gran polvareda que se levantaba en aquel alocado tropel. "Dos días, muerta del miedo, estuve escondida debajo de la cama, de donde casi no logran sacarme", agregó la abuela en medio de las risas de aquel pícaro muchacho. Así, la primera locomotora del Ferrocarril de Antioquia, conducida por Efraím Lopera, el maquinista más viejo y veterano de la empresa, inauguraba su recorrido con un retraso considerable y pasaba de largo por aquel, ya, desértico lugar. Ahí, yo, Óscar Moreno Mejía, nuevo jefe de aquella futura estación, aparecía como el único mortal presente para darle la bienvenida a lo que todo el mundo en el pueblo había querido llamar "La llegada del progreso".

A los habitantes de El Sitio los sorprendió la primera vez que llegó el tren a su pueblo. Los avances tecnológicos también transforman nuestros lugares: la ciudad, la casa, el trabajo, entre otros.

¿Qué avance tecnológico transformó tu espacio y cómo lo hizo?

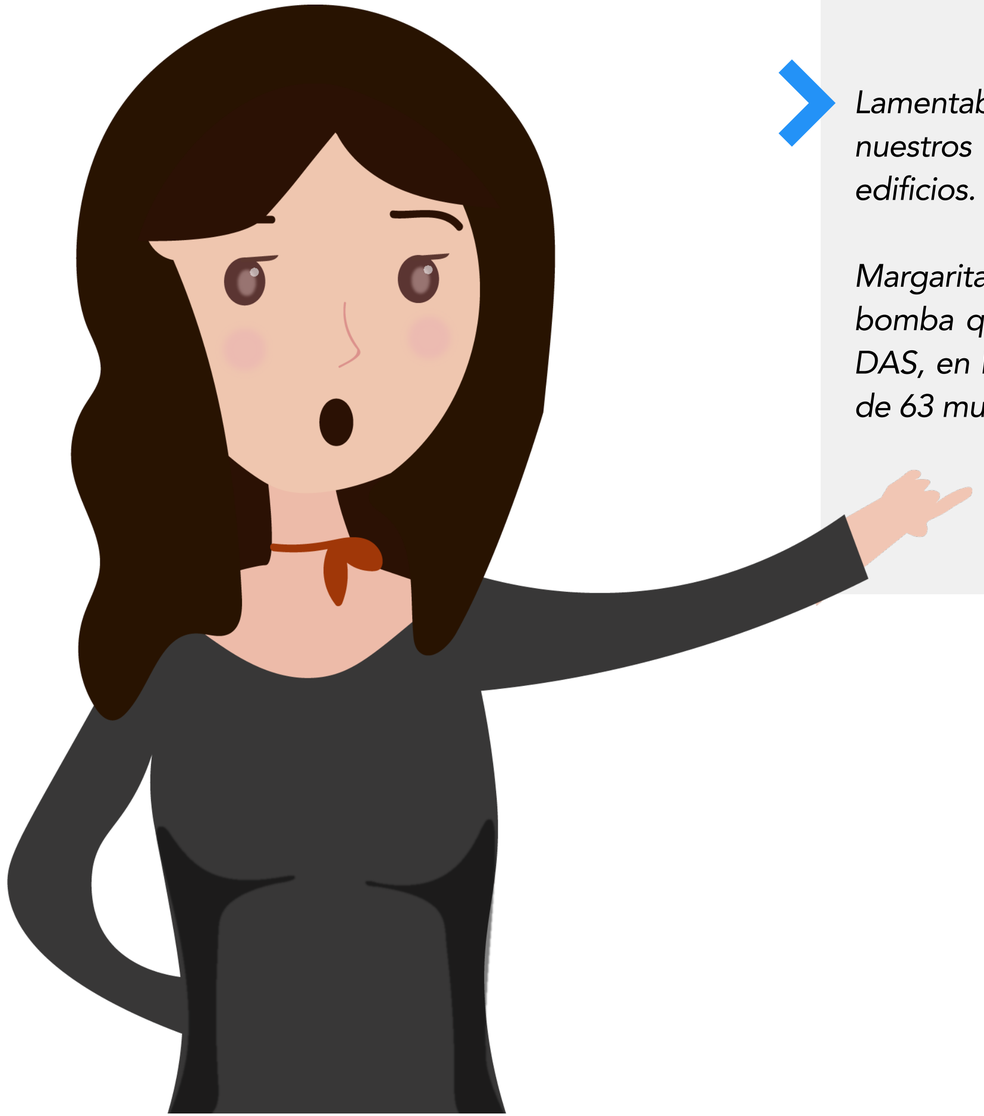
El canto puede ser una forma muy potente de construir memoria. La historia de María Teresa González, del barrio Hormiguero en Cali, es un ejemplo palpable de cómo una comunidad se construye gracias al sacrificio, el esfuerzo y la solidaridad de sus habitantes. Haz click en la imagen para ver el video.

2 video Los cambios de Hormiguero

por María Teresa González

Nuestros barrios son uno de los lugares que más se transforman. A través del canto, María Teresa reconstruye la historia de Hormiguero, el lugar donde vive.

¿Cuál es la historia del barrio que llevas en tu corazón?



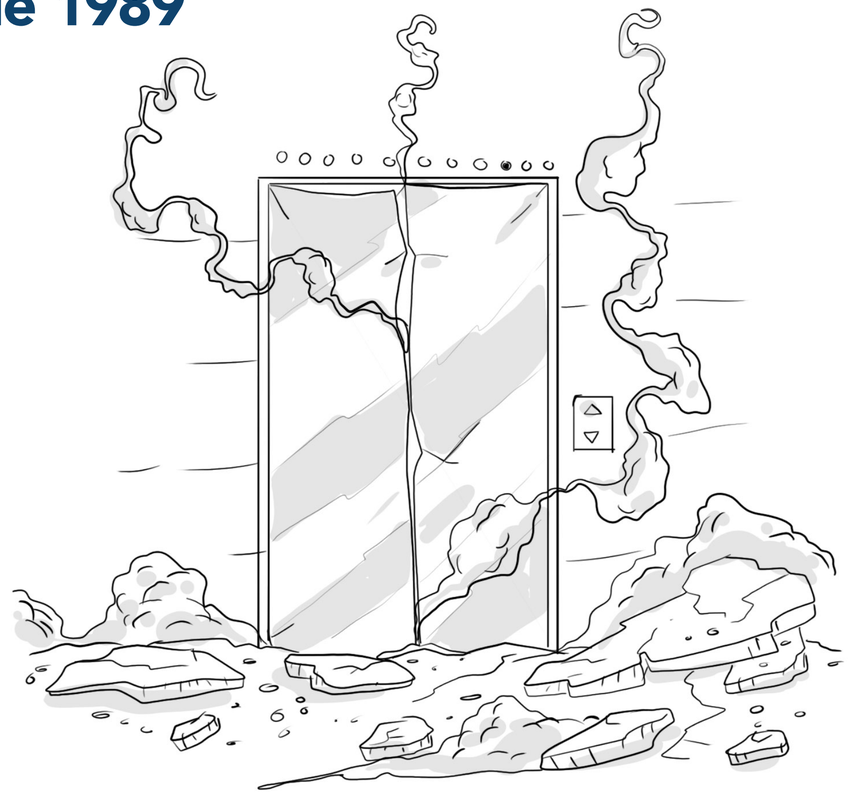
Lamentablemente la violencia también ha transformado nuestros lugares: las ciudades, los pueblos, las casas… los edificios.

Margarita Ávila nos cuenta en el siguiente relato la historia de la bomba que el Cartel de Medellín puso a la sede principal del DAS, en Bogotá, el 6 de diciembre de 1989, dejando un saldo de 63 muertos y más de 600 heridos.

cuento 2

Atentado al DAS 6 de diciembre de 1989

por Margarita Ávila



Yo llegué a trabajar, faltaban 10 minutos para las 7 am; estaba haciendo un reemplazo en el ascensor de visitantes. Subí varias veces al piso 9 y bajé nuevamente. Luego, cuando eran las 7:15 am, llegaron dos personas, uno trabajaba en pagaduría, era contador y otro que llegaba a posesionarse ese día. En ese momento yo cerré la puerta para subir y volvió y se abrió la misma; volví a insistir para cerrar la puerta y, entonces, le dije a uno de los compañeros de trabajo: "cuando yo cierre usted ajuste la puerta con sus manos, porque parece que se dañó la guaya". Alcancé a cerrar un poquito y, de pronto, vino el estruendo y todo el edificio se movía como una hoja de papel. El muchacho que iba a posesionarse ese día murió, y el otro quedó atravesado sobre la puerta que se cayó encima mío. En ese momento, no sé cómo, el impacto fue

tan fuerte que nos sacó del ascensor. Se le rompieron los cables desde el sexto piso y nosotros terminamos casi en el patio de lavado de carros; pero una reja nos trancó y mis piernas se incrustaron en ella. Luego comenzó a sacudirse eso.

Yo no perdí el conocimiento, pero tragué mucha sangre de la persona que estaba encima de mí. Luego comencé a escuchar las ambulancias y los gritos de la gente afuera. Yo, en mi pensamiento, estaba segura de que yo pedía ayuda; no sabía si era real, pero yo lo sentía así. Pasaron las horas y, como a las 11:30 de la mañana, ya se empezaron a calmar las cosas. Empecé a sentir a los socorristas que buscaban gente en los escombros. En un momento yo dije "Señor, tú sabes que tengo hijos que me necesitan y yo los necesito a ellos". En un momento oí que por encima de mí había alguien caminando y yo grité: "¡ayúdenme! estoy aquí, por favor". Gracias a Dios me escucharon y comenzaron a escarbar. Me cayeron los escombros y no pude hablar, pero ellos me decían que siguiera gritando y empezaron a tratar de sacarme. Metieron tablas para apoyarme la cabeza, cuando me apoyaron la cabeza en la tabla, uno de los socorristas metió la mano y cogió la cabeza del otro señor ya muerto que estaba decapitado, entonces gritó del susto y dijo "éste está muerto"; a lo que un compañero le respondió: "entonces ayudemos a la que está viva, primero los vivos". Intentaron sacarme, sin embargo, no pudieron debido a que mis piernas estaban incrustadas en la reja del separador de las escaleras para el segundo piso.

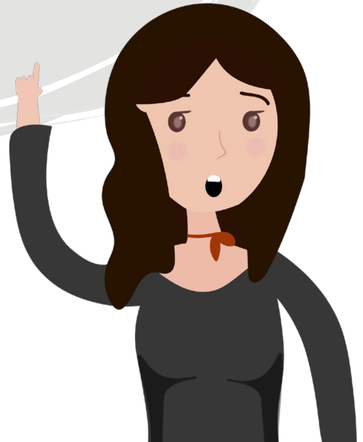
Después de un tiempo cortaron las vigas de la reja con segueta y me pudieron sacar un poco, me colocaron cuello ortopédico y me subieron a una ambulancia. Yo permanecí consciente todo ese tiempo, cuando subí a la ambulancia, el paramédico me vio la cara llena de sangre y escombros, trató de limpiarme, pero, en ese momento de tanto dolor, perdí el conocimiento. Cuando desperté estaba en la Clínica de la Caja Nacional, yo veía gente en todos lados, tirados en el suelo, en camillas; no había una persona que no tuviera sangre en su rostro. De pronto vi el reloj, era la 1:10 pm, entonces me bajaron a hacerme cirugía; cuando yo llegué allá, miré a un lado y vi una camilla, allí estaba una muchacha que acababa de morir. En ese momento la miré y me acordé de mi hija que también trabajaba allá en el DAS, y grité "¡¡¡Hija!!!, ¿dónde estás?".

De pronto aparecieron unos compañeros que me dijeron que ella estaba bien, en otro lado, en la Clínica San Pedro Claver. Pero yo no estaba conforme porque no sabía de ella. Allí llegaron mi sobrina y un amigo a buscarme, pasaban por mi lado y no me reconocían, hasta que yo, como pude, con una mano agarré a mi sobrina, ella me miró y me dijo: "¿Usted quién es?", y yo a señas le dije que sí. Ella me reconoció, en ese momento bajó el médico y me dijo que si quería quedarme en el hospital o que si me hacían lo que tenían que hacer y me iba para la casa, porque no había camas ni dónde alojar una persona más. Yo dije que sí, mi sobrina también estuvo de acuerdo para que nos fuéramos.

Del hospital salimos para la casa de mi hermana en la ambulancia, todos los días tenía que ir a curaciones, a revisión, y, después de los cuatro meses, me comenzaron a hacer psicoterapia durante dos años y medio. Después del tiempo, me cansé y no volví allá. De ese día en adelante mi salud empeoró y he tenido más de ocho cirugías. Esto es lo poco que puedo decir, debido a que mi dolor vuelve con sólo recordar cada momento de lo que viví en ese terrible día.

Como viste en el cuento del "Atentado al DAS", la violencia ha modificado lugares de nuestro país.

¿Te ha pasado?
¿Alguno de tus lugares ha cambiado por la violencia?



EJERCICIOS *creativos*

A continuación encontrarás tres actividades para ejercitar tu creatividad, elige la que más te guste

ejercicio 1

Las cartas son un género muy útil para recordar lo que llevamos en el corazón. **Escríbele** una carta a esa persona que siempre recuerdas cuando piensas en el barrio, puede ser un amigo, una vecina, el señor de la tienda, un gran amor, etc.

ejercicio 2

Las fotografías conservan fragmentos de nuestra vida y de los espacios que habitamos. ¿Conservas alguna foto de un lugar importante para ti? **Compártenos** la imagen y cuéntanos su historia. Recuerda que después puedes compartirla con tu núcleo familiar o con las personas que viven contigo.

ejercicio 3

Los grandes acontecimientos de la historia transforman nuestros lugares: El Bogotazo, la avalancha de Armero, la guerra bipartidista, etc. **Recuerda** un acontecimiento que haya transformado tus espacios y cuéntanos cómo lo viviste.

CAJA DE HERRAMIENTAS

Aquí encontrarás cuentos y videos que refuercen la semana

Cuento 1
Del mediodía pa'bajo
Por Bibleniza Pérez Seña
HyM2
leer

Cuento 2
Los cuentos de Valderrutén
Por Jaime Octavio Campo
HyM3
leer

Cuento 3
Un hermoso y siniestro hongo
Por Sonia Zamarriego de Paredes
HyM4
leer

Cuento 4
Asina
Por María Lucy Perico Camargo
HyM4
leer

Cuento 5
Chao, tranvía
Por Ramiro Hernández Restrepo
HyM5
leer

Cuento 6
Río arriba, río abajo
Por Ricardo Ordóñez Ortiz
HyM5
leer

Cuento 7
Las casas viejas
Por María de Lourdes Reyes
HyM6
leer

Cuento 8
Recuerdo
Por Loira Cristina Cuesta Mosquera
HyM4
ver

Cuento 9
Cómo llegué al barrio de Los Laches
Por Manuel Antonio Ardila
HyM2
ver

Cuento 10
Usaquén
Por Hortensia Fandiño de Sarmiento
HyM5
ver

CAJA DE HERRAMIENTAS

Aquí encontrarás radiocuentos y relatos sonoros en formato pódcast de participantes de las tres primeras versiones de la Escuela Yo Mayor que te ayudarán a inspirarte. Ponte tus audífonos o súbele el volumen a tu computador.

Podcast 1

Vimos cambiar nuestros lugares

(2020)

escuchar

Podcast 2

Los lugares cambian y nos cambian

(2021)

escuchar

Podcast 3

Objetos, guardianes de la memoria

(2022)

escuchar

Radiocuento

Cayó el gigante, de Fructuoso Velasco

escuchar

Comparte tu historia en redes sociales
con el hashtag

#NuestrosLugares
#RelatosQueConectan

www.yomayor.co

/HistoriasenYoMayor @hyomayor @historiasenyomayor

escuela virtual
HISTORIAS EN YO MAYOR

Organizan

Fundación Saldarriaga Concha

Fundación Fahrenheit 451

En alianza con

EL TIEMPO